

LA REGIÓN EN EL CONTEXTO AMBIENTAL

*Joaquín Molano Barrero **

Con esta ponencia se busca trazar horizontes y dejar líneas de búsqueda tratando de dar sentido a la construcción de Colombia. Tiene tres momentos, el primero trata de identificar el concepto de región; el segundo habla de una región de carácter ecuatorial, pues en términos geográficos estamos en el intertrópico, en lo que se ha denominado países sin invierno; y por último, se muestra la parte regional desde una perspectiva ambiental, entendiendo lo ambiental como la relación de identidad que mantienen la sociedad y la naturaleza y no como un enfoque meramente ecologista o ecosistémico, con el cual se pretende sustituir la interpretación socio-natural existente en los espacios complejos conformados por las regiones o los territorios del sistema mundo. Las conclusiones se presentan a manera de interrogantes e inquietudes con los cuales pretendemos repensar nuestra realidad espacial.

Colombia no es un país tropical y esta afirmación provoca la primera pregunta. ¿Entonces qué somos? Este interrogante nos plantea dificultades porque desde la escuela nos vienen enseñando, afirmando e inculcando, que somos un país tropical, sin serlo.

Tenemos una ubicación entre los diez y seis (16°) de latitud norte y cuatro grados de latitud (4°) sur, en términos gruesos, lo cual nos ubica en la franja ecuatorial de la tierra y nos determina condiciones especiales completamente opuestas a las existentes en las regiones tropicales del planeta.

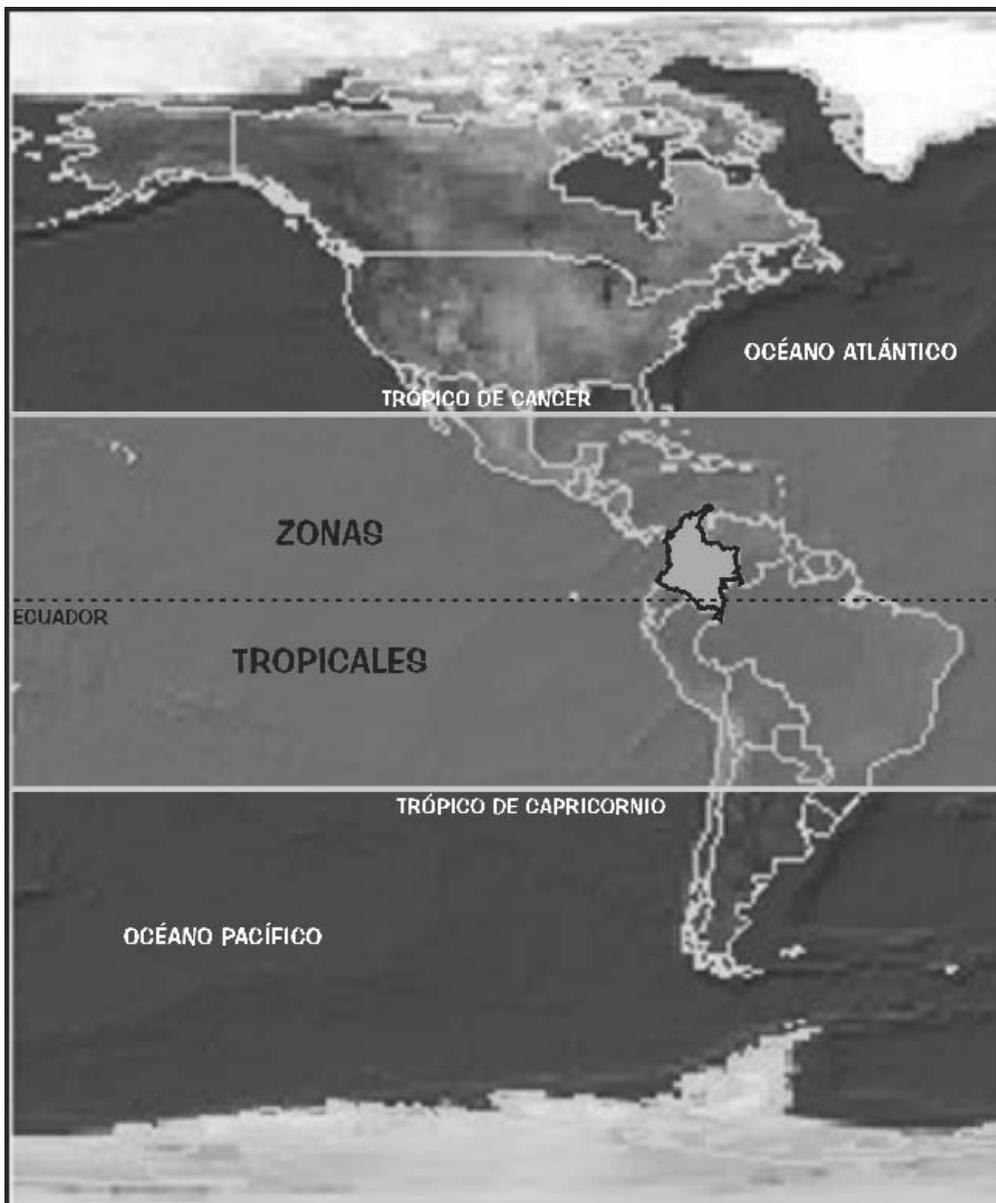
En el mapa de América, se define la Zona Tropical, sobrepasando los dos trópicos e incorporando toda la parte Ecuatorial donde se encuentran una serie de formaciones, bosques, praderas, sabanas, selvas, que dejan un tanto indefinida la ubicación del país. Parecería que estamos dentro de la franja intertropical pero, ¿qué características pueden darse en cada caso? Tendremos que entender que estamos en la parte septentrional de Suramérica, frente a un sector

* Geógrafo y Ambientalista. Profesor de Geografía del mismo departamento en la Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá.

insular e ístmico, lo cual genera al país condiciones muy importantes en términos de sus condiciones climáticas, biogeográficas y socio-históricas.

Mapa 1. ZONAS TROPICALES AMERICANAS

El país está ubicado en la zona o franja de convergencia intertropical donde se conforman densas coberturas de nubes originadas por la evaporación de



FUENTE: Joaquín Molano B.

los océanos y la evapotranspiración de las selvas y sabanas, las cuales son impulsadas por los vientos que nacen en la zona de alta presión tropical sobre los dos hemisferios. De esta manera, la zona ecuatorial se cubre de poderosos bancos de nubes, los cuales forman frentes de lluvias, zonas de elevada humedad relativa y una vida acorde con tal abundancia de agua. Tratando de precisar, la extensa zona del intertrópico está conformada por la Zona Ecuatorial (10° de latitud norte y sur a partir del Ecuador), la Zona Sub-Ecuatorial (entre los 10° y los 18°) y la Zona Tropical (18° y 32° de latitud), la cual hace transición hacia la zona Subtropical, ya en latitudes medias. Queda muy claro que estamos muy lejos de las regiones tropicales del planeta y, que por tanto, no ocupamos una posición tropical.

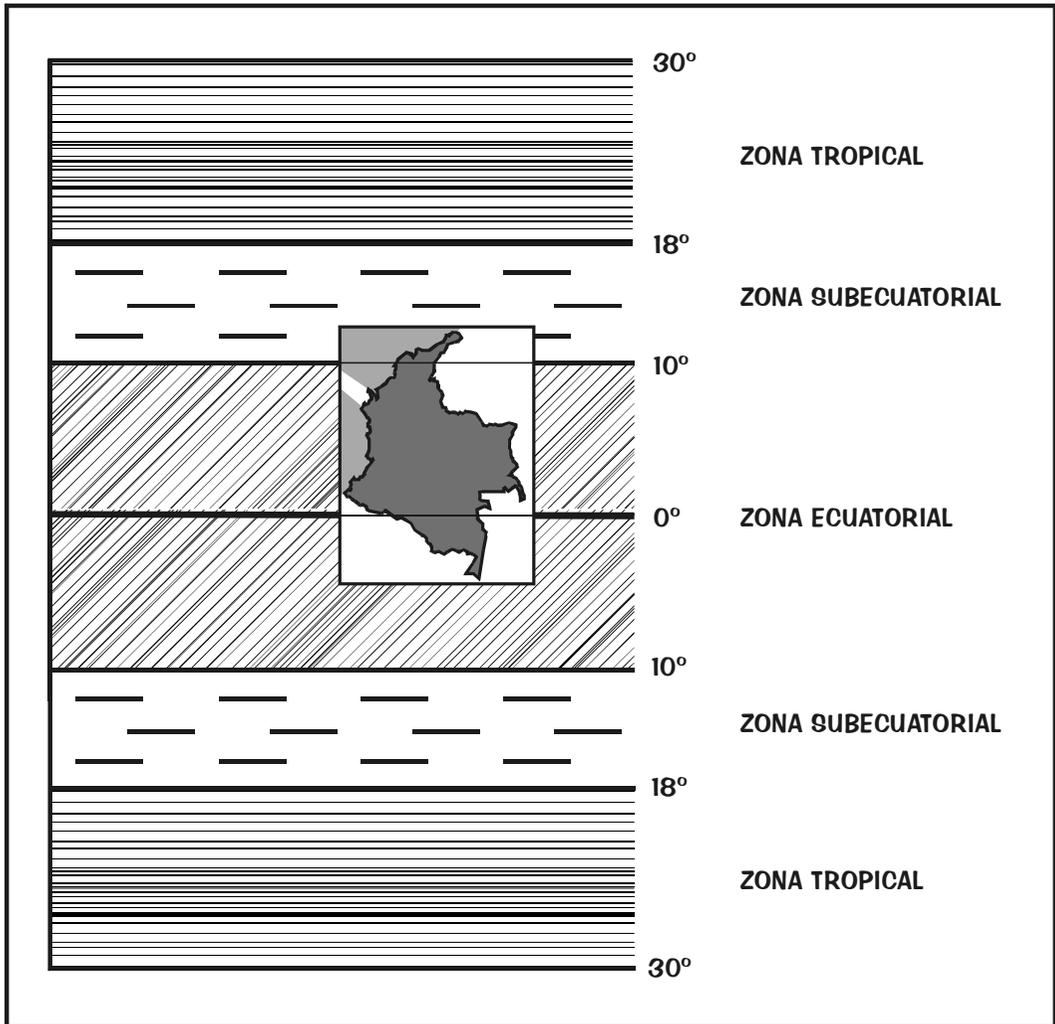
¿Qué características definen la Zona Tropical? Si tomamos un paisaje de las zonas tropicales, observamos que está dominado y sometido a la poderosa influencia de las altas presiones generadoras de vientos, con cielos despejados y vegetación xeromorfa, propia de desiertos, sabanas, así como de zonas secas y áridas. Esta imagen contrasta con la de las Zonas Ecuatoriales, llenas de selvas, sabanas inundables, páramos humedecidos, nieblas, brumas, agua, exuberante vida, cielos nublados y zonas de convergencia de masas oceánicas y continentales que llegan a esta cintura ecuatorial del planeta, donde la lluvia nos define como hijos del agua. Esto marca la diferencia entre lo tropical y lo ecuatorial.

De acuerdo con lo anterior, surgen varias preguntas. ¿Por qué nos llamaron tropicales?, ¿quiénes propusieron este nombre?, ¿qué querían significar con él?, ¿qué implicaciones tuvo y aún tiene como calificativo de nuestra espacialidad?

El término tropical no es término de estas latitudes, es europeo y, en primera instancia, designó lo desconocido, las tierras ardientes y malsanas de la Zona Tórrida. Éramos lo desconocido y por eso fuimos tropicales. En segunda instancia, el término sirvió para designar los países que tenían expresiones culturales distintas a las de Europa y entonces significó pueblos, identidades, etnias y, en general, expresiones de los territorios de otras latitudes. También significó, posteriormente, colonialismo imperialista y subdesarrollo. Lo tropical en su connotación de subdesarrollo o de países no viables, significa esa dependencia que no ha pasado en vano y que ha llevado a nuestras regiones a no reconocer su vocación propia, distinta, su riqueza, su identidad.

No siendo un país tropical, nos definimos como un país ecuatorial. Sin embargo, en todos los textos, en todas las obras enciclopédicas, científicas o no, seguimos siendo un país tropical y las estrategias de desarrollo y ordenamiento han sido dadas para manejar un país tropical. Queda planteada la necesidad de definir qué implicaciones tiene ese hecho geográfico y político y qué habría que hacer para trabajar bajo condiciones ecuatoriales. Tenemos abundante agua,

MAPA 2. COLOMBIA: SITUACIÓN ECUATORIAL



FUENTE: Joaquín Molano B.

abundante vida, una enorme riqueza natural, una de las mayores biodiversidades culturales, paisajísticas y genéticas del mundo. Eso es parte del ser ecuatorial y significa una forma más cercana de reconocernos, de trabajar por la identidad de las naciones y por la defensa de nuestras riquezas naturales y humanas.

Un segundo elemento para resaltar es que se han dicho cosas erróneas sobre el territorio de Colombia: que tiene tres cordilleras, que limita con cinco países, que somos pobres cuando realmente somos la despensa de los países ricos. Algo ha pasado, así como lo expresaba el presidente Chávez en la reunión de Cancillería:

"A mí me enseñaron mal la geografía porque me decían que Venezuela limitaba al norte con el Caribe y cuando me puse a estudiar de verdad, me di cuenta que limitaba con los Estados Unidos, con Inglaterra y con Holanda; es terrible que a un país le digan que sólo limita con el mar, pero no con un mar apropiado y dominado por los poderes imperiales".

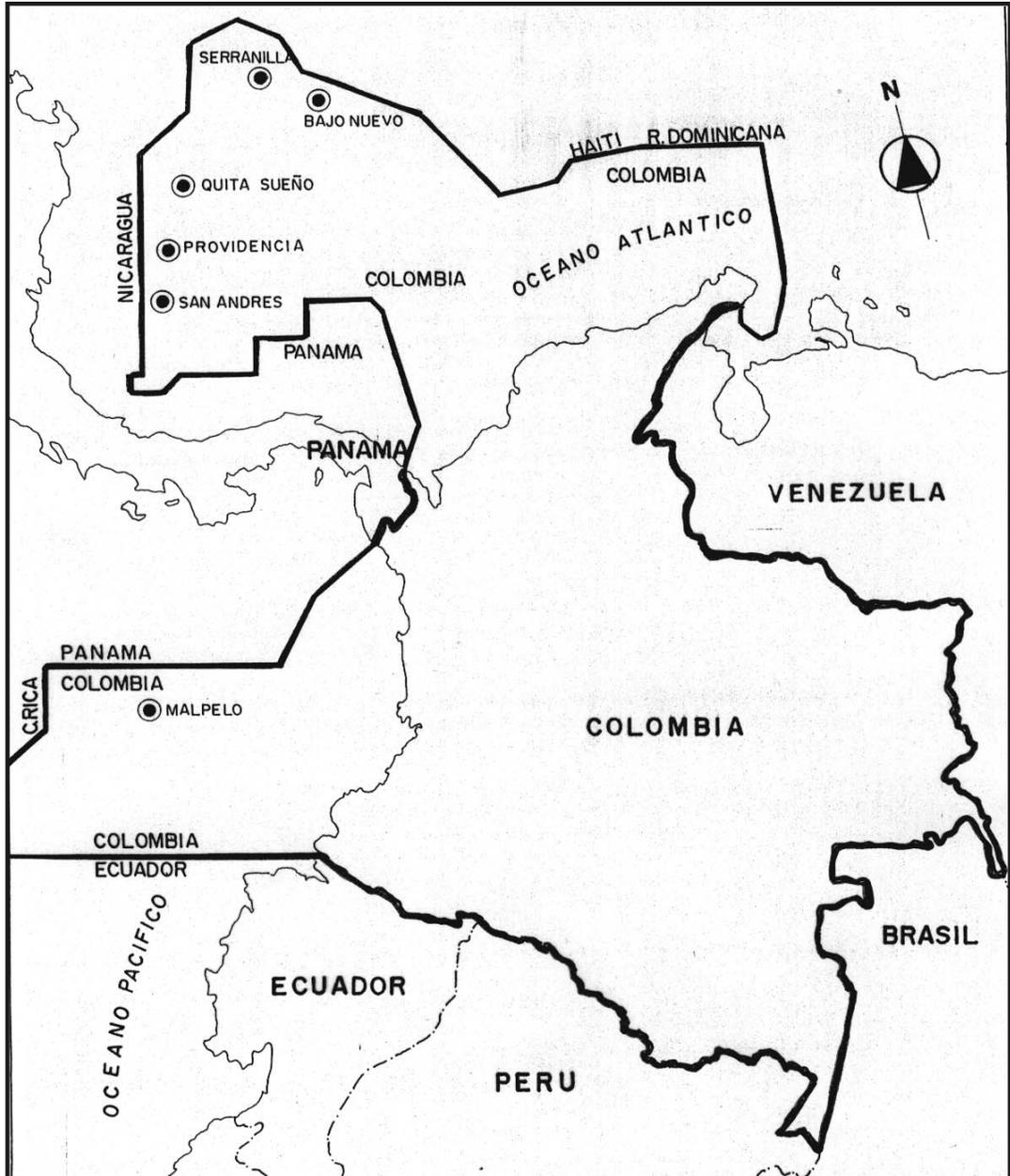
Pasa lo mismo con nosotros, tenemos cuatro cordilleras emergidas y otras sumergidas que ahí están, pero no las reconocemos. Nos han dicho muchas cosas sobre el territorio donde vivimos, que no concuerdan con la realidad y que en lugar de acercarnos a él nos deforman para que aceptemos la propuesta de quienes saquean.

Debemos ir grabando la nueva imagen de Colombia en la retina y sobretodo en la conciencia, un territorio más extenso que los 1'141.748 km² como nos han enseñado, hay que ir generando unas nuevas miradas y establecer potencialidades, no limitamos con cinco países, limitamos con once países, tenemos unas dimensiones impresionantes.

Por su ubicación, Colombia hace parte del océano más grande del planeta, el Pacífico; es un país del Pacífico Oriental, pero cuando nos presentan el tema sólo hablan de un litoral, nada más. También es un país Caribe con toda la herencia que esto implica en términos culturales, de recursos, de condiciones geopolíticas, de civilización. Colombia, además, tiene junto las Guayanas y Venezuela las sabanas más grandes de la parte septentrional de Suramérica, sabanas llenas de vida, de belleza y de posibilidades. Igualmente, somos un país de enormes selvas que se presentan en otros siete países con quienes compartimos la mayor riqueza de vida en el planeta.

Finalmente, nos hermanamos con seis países a través de la enorme montaña Andina venida del fondo de los océanos, por lo cual Colombia también es un país andino. Cambia así la construcción simple del croquis y del territorio del país, hecho que nos convoca a analizar y estudiar la geografía colombiana de una manera integral y desde una perspectiva crítica.

MAPA 3. COLOMBIA: TERRITORIO NACIONAL



FUENTE: Joaquín Molano B.

Lo que nos ha pasado es que tenemos una visión recortada del mundo, una visión completamente fragmentada, no solo en su acción sino en sus políticas, en su concepción espacial. Un mundo lleno de iniquidades, injusticias, fragmentalidades y por eso tenemos dificultad para reconocernos en términos de identidad territorial, de regiones, de espacialización de la vida, de construcción del territorio. Caben aquí otras preguntas ¿Por qué se ha fragmentado la visión del mundo?, ¿cómo encontramos el sentido de la fragmentación?, ¿cómo encontramos el sentido de la espacialidad de la vida? Para responder estos interrogantes es necesario reconocerse en los lugares, en el acontecer, requiere tener espacios, recrear la vida en su territorialidad. Los lugares nos son ajenos, permanecen ajenos a nuestra realidad, la relación entre actores y realidades espaciales no son directas, están mediadas por la fragmentalidad.

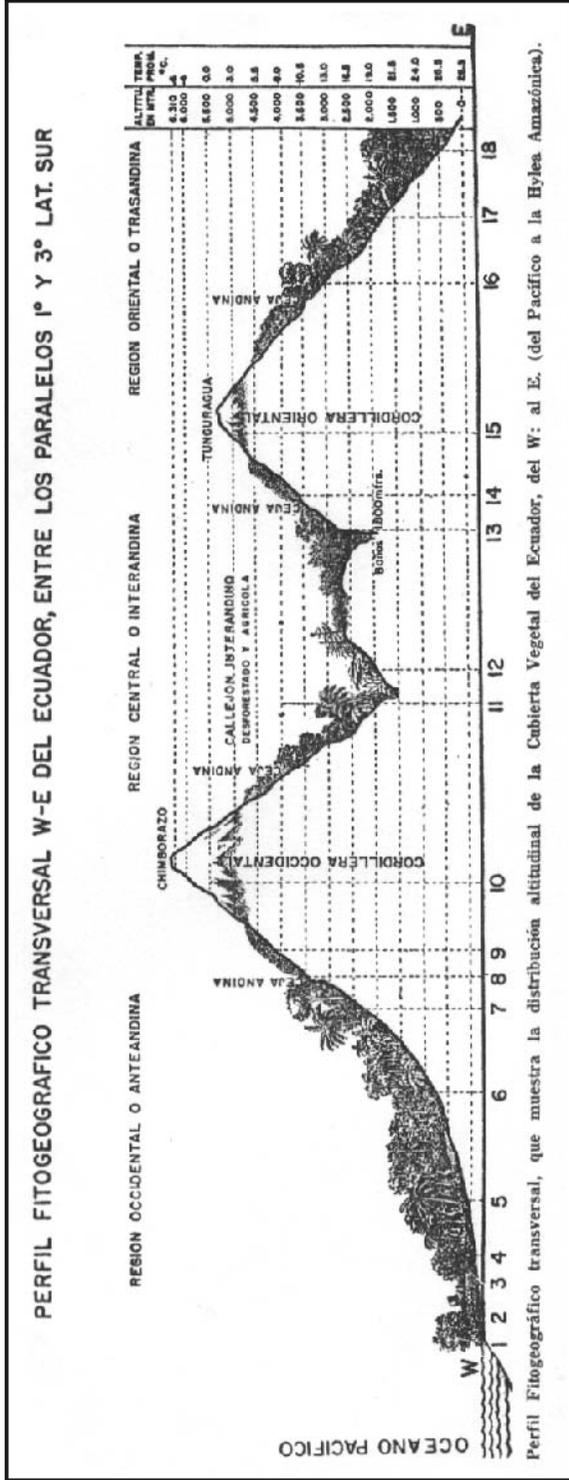
No existe conciencia en la población costeña de la herencia que tienen de esas viejas selvas que fueron el hábitat de los distintos grupos que poblaron estos territorios, selvas que derribaron en un proceso histórico largo, en el que se fueron talando millones de plantas y exterminado cientos de poblaciones animales. De esta forma se abrieron haciendas y establecieron pueblos, porquerizas, etc, como lo ha descifrado y analizado en sus trabajos el geógrafo José Agustín Blanco Barros. La selva fue devastada de tal manera, que las sabanas de Bolívar y Sucre, construidas a partir de esa tala, figuran en nuestros libros de geografía como sabanas naturales, generando un total desconocimiento de su origen antrópico. Se incluyen en este proceso todas las sabanas del norte de Colombia pues se evidencia también en los departamentos del Atlántico, Cesar y Córdoba.

Para ilustrar este hecho basta tener la imagen que apareció ante Rodrigo de Bastidas cuando arribó a Santa Marta, se encontró frente a la espesa selva de manglares y monte firme que cubrían los litorales, las ciénagas y la Sierra, vida ecuatorial que dominaba los paisajes caribes. Hoy esta es una zona profundamente devastada y muy seca, significativamente cambiada en relación con el paisaje selvático de antaño.

Igual sucedió en el Bajo Atrato y en el litoral del Golfo de Urabá, donde hubo una selva espesa dominada por palmeras en las zonas bajas, con ríos desbordables y suelos inundables, siempre precedida por formaciones de mangle; importante ecosistema que tiene la capacidad de repoblar tanto las áreas continentales como los márgenes oceánicos, convirtiéndose así en uno de los ecosistemas acuáticos más productivos a nivel mundial.

Si analizamos los Andes en el perfil elaborado por el doctor Misael Acosta Solís, naturalista ecuatoriano, se evidencia la conformación primigenia de las cordilleras, todas plenas de selva hasta los páramos muy fríos y nublados, donde la cobertura selvática llegó hasta los 4.000 metros sobre el nivel del

GRÁFICO PERFIL DE LOS ANDES



FUENTE: Acosta-Solis, 1977

mar. Esta fue la situación de las vertientes cordilleranas del país, las hoy transformadas esencialmente, dejándolas totalmente desnudas, construyendo paisajes sin los elementos de selva original y provocando una elevada transformación artificial de ellos con plantas y animales exóticos. De esta manera, la selva subandina ha desaparecido en un 95%, y la selva alto andina y andina está en un proceso acelerado de destrucción, fundamentalmente por el cultivo de amapola y la injusticia social, que hacen que los campesinos tengan que colonizar las alturas, ampliando así la frontera agrícola y buscando refugiar su empobrecida existencia.

Las cordilleras estuvieron absolutamente llenas de selvas. Selvas que se diferenciaban en cada uno de los espacios, que tenían los nichos más variados, los ecosistemas más complejos, la mayor biodiversidad del país porque en el escalonamiento de los nichos, la vida se diferenció y se distribuyó ampliamente hasta adaptarse a todos los ambientes, verticales y horizontales, de los relieves cordilleranos andinos. Aún durante las glaciaciones o períodos de enfriamiento, la vida se adaptó a procesos de migración altitudinal debiendo asumir respuestas morfológicas, fisiológicas y se vieron obligadas a desarrollar estrategias de especiación para responder a la oferta ambiental de los cambios sucedidos entre las épocas glaciares e interglaciares.

La selva desapareció en un elevado porcentaje sobre las vertientes andinas sin tener la posibilidad de ser estudiada en sus potencialidades, sus complejas estructuras ecológicas, su papel como reguladora de los nutrientes del suelo, de la estabilidad de los terrenos y de la conducción y distribución del agua. Consecuencia de dicha devastación la vemos hoy en la elevada pérdida de suelos por erosión, en los altos riesgos de deslizamiento de tierras y de aparición de catástrofes urbanas y rurales; todo ello porque perdimos la perspectiva de la vocación forestal de nuestras montañas.

Además de selvas también tuvimos paisajes de llanos y sabanas con extensos herbazales arbolados que se extendían en las planicies del Vichada, el Meta, Casanare y Arauca, prolongándose hasta las Bocas del Orinoco. Las sabanas tienen distinta composición y fisonomía de acuerdo con la morfología del relieve y las condiciones estacionales del clima, lo que permitió encontrar extensos campos de morichales, sabanas inundables conformando esteros, selvas de galería a lo largo de los cauces, matas de monte intercomunicando selvas y sabanas y campos de gramíneas extensas con matorrales.

Lo que existía eran sabanas internamente arboladas, rodeadas y atravesadas por selvas. La selva circundaba las sabanas naturales y las penetraba con sus formaciones de galería, intercomunicando así selvas de vertiente andina con selvas en las Guayanas. La tala de árboles ha dejado expandir la sabana hasta el propio piedemonte en una longitud de más de 150 kilómetros. Hoy lo que

tenemos son pastizales homogéneos por causa del fuego y la potrerización, lo cual ha cambiado las condiciones naturales de los ecosistemas y las condiciones de vida de los núcleos humanos que han ocupado este territorio.

Durante las glaciaciones las sabanas se convirtieron en desiertos donde los vientos acumularon dunas fósiles, en tanto que las selvas circundantes se convertían en sabanas. Al terminar cada glaciación los llanos se inundaban durante una temporada larga por causa del deshielo de millones de toneladas de nieve fundida en las partes altas de los Andes. La vida llanera se adaptó a las condiciones que se sucedían entre fases de sequía y de inundación, creando una gran variedad de especies acuáticas y terrestres entre las cuales se destaca la riqueza de peces, aves, batracios, mamíferos, donde el chigüiro surge como una especie promisoría para sustituir la ganadería vacuna en los llanos pues produce 10 ó 12 veces más que una res.

Finalmente, tuvimos páramos en las altas montañas, un conjunto de ecosistemas de la más variada composición de acuerdo al origen de las especies allí establecidas. La flora del páramo contiene elementos ecuatoriales, neotropicales, circumpacíficos, holárticos y australantárticos. En condiciones originales, los páramos tienen una estructura compleja, densa y estratificada, con capas de musgos que superan los tres metros de espesor. Estos páramos están casi extinguidos y los que conocemos son producto de la acción del hombre que los ha penetrado talándolos y quemándolos para propiciar la ganadería y algunos cultivos de altura. El páramo que existía arriba de los 4.000 metros en condiciones naturales, hoy ha descendido hasta alcanzar los 2.800 metros, copando los antiguos espacios de las selvas andinas.

Con selvas, sabanas y páramos bajo un colchón denso de nubes, convergencia de masas de agua provenientes tanto del océano Pacífico como del océano Atlántico y del mar Caribe, así como de los verdes pulmones de las selvas amazónicas que convergen también sobre el país, podemos afirmar que somos un país formado por el agua pues generan un valor de precipitación mayor a los 3.000 m.m. Sobre un área mayor al 75% del territorio colombiano se produce una precipitación mayor a los 2.500 mm, lo cual representa un volumen muy significativo de agua y de humedad atmosférica, responsable de las antiguas coberturas de selva que existieron en el país. Prácticamente no hay zonas secas en el país, hay zonas erosionadas y destruidas por la implementación de los modelos agropecuarios importados del Mediterráneo y por la extracción y el saqueo a que han estado sometidas nuestras regiones.

La desaparición de las selvas de vertiente y de planicies, los cambios en las sabanas naturales y la ampliación vertical del páramo, generaron grandes cambios en la composición biogeográfica del territorio y provocaron la pérdida de la mayor diversidad biológica con que pudo contar Colombia. Además, con

esta acción ecocida no sólo se cambió el clima y se perdió la fertilidad de las tierras, sino que también perdimos la conciencia de que los seres humanos construimos paisajes y forjamos nuestro propio territorio.

No somos un país de bosques, este es un término importado por la civilización, desde las latitudes donde hay bosques, es decir, Europa. La palabra bosque no hace alusión a nuestra realidad natural original y más bien representa la propuesta externa para sustituir selvas, sabanas y páramos. La palabra bosque es más que un término biológico, pues representa la expresión ideológica de las empresas multinacionales que pretenden expropiar y patentar nuestras selvas, para convertirnos en plantaciones de bosques que sirvan de sumideros de CO².

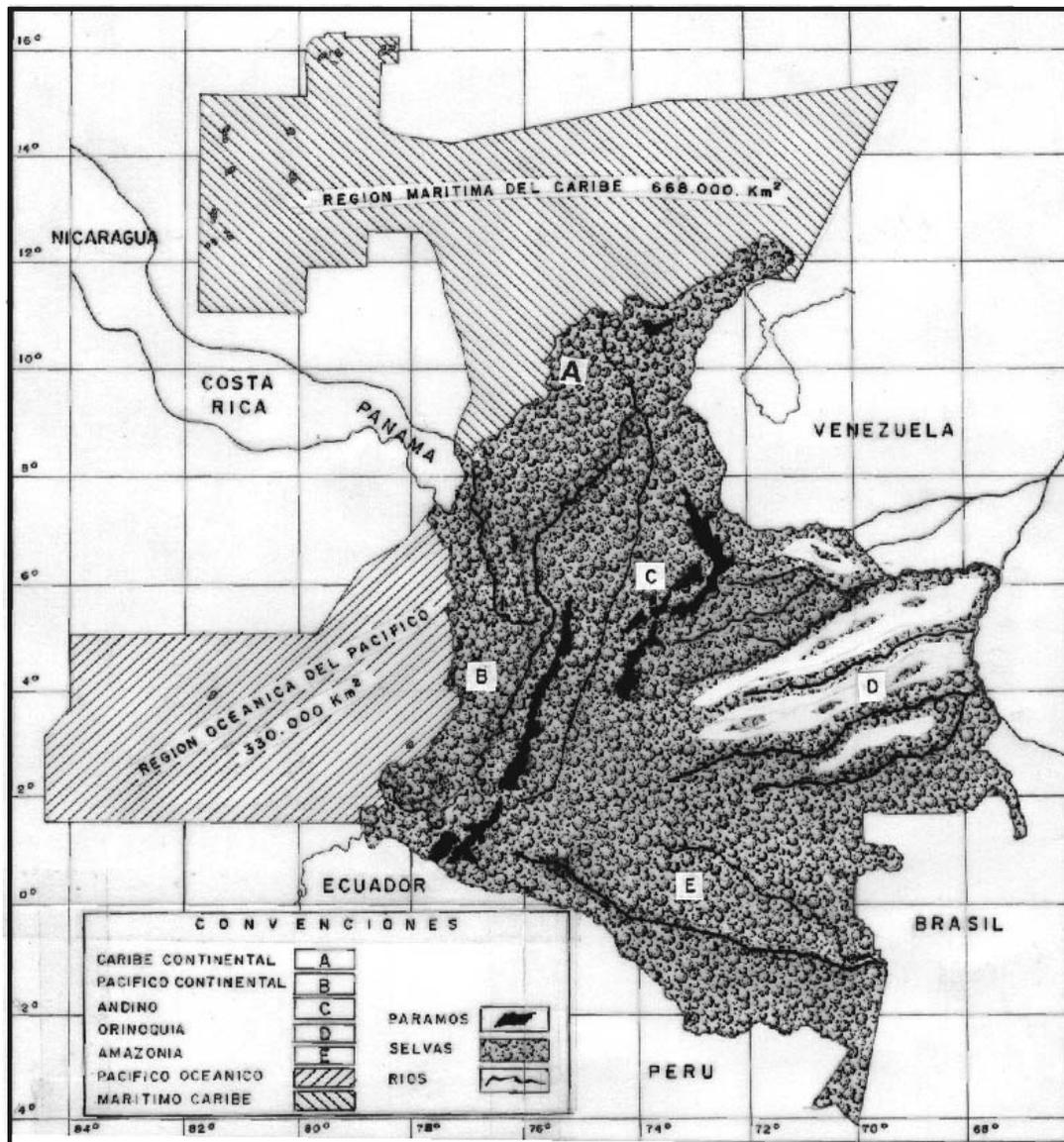
Afirmar que somos un país de selvas representa un llamado a la conciencia antes que a la ciencia, para saber que somos los herederos de uno de los ecosistemas y de los paisajes más ricos en recursos naturales y culturales del mundo. La selva para las culturas milenarias representa su casa; son los espacios más trabajados por el género humano en América y a su vez, los paisajes más simbolizados y significados en lo esencial de la cultura. De otra parte, hablar de selva significa referirse a un bioma de máxima diversidad, donde existen hasta 1.500 especies y cerca de 93.000 individuos por hectárea.

El indígena de la selva obtenía pieles, tinturas, variados alimentos como pescados, tubérculos, frutas, pieles, ceras, fibras, mieles, bebidas, además de chagras, lugares sagrados y de vivienda, todo se ha venido destruyendo y perdiendo. Para dar unos ejemplos rápidos ubiquémonos en Puerto Salgar hacia 1950, allí había una inmensa selva de espesa cobertura que se extendía hasta el Bajo Magdalena, la cual desapareció en menos de 40 años mediante tala para hacer potreros y tener ganado. Ya no existe una de las selvas interandinas más ricas en biodiversidad donde se generó una situación social de profundo conflicto.

Igual se puede decir de la colonización de la vertiente cafetera, sobretodo la colonización antioqueña, que consistió, básicamente, en tumbar selva de vertiente, con cuya devastación se construyeron los departamentos de Caldas, Risaralda, Quindío, norte del Valle y del Tolima. Gesta que constituyó el orgullo de muchos patricios quienes murieron orgullosos de construir patria tumbando selva. Este modelo hace parte de nuestra construcción territorial y regional y de la visión con la cual se crearon las grandes haciendas coloniales y republicanas. Al margen de ellas, la destrucción de la selva ha continuado mediante la extracción de sus recursos, la ampliación de la frontera agrícola por los marginados del país y con la acción del narcotráfico.

No sobra agregar que los intereses multinacionales de las empresas que controlan el mercado mundial de las drogas y de los alimentos, también

COLOMBIA: PAÍS DE SELVAS Y REGIONES



FUENTE: Joaquín Molano B.

están modificando las selvas a través de la investigación científica para esos propósitos y para patentar la vida y la cultura que pertenece, milenariamente, a los pueblos indígenas y a sus herederos, las culturas mestizas, es decir nosotros.

Tenemos que lograr una visión geográfica integral y profunda de esta tierra para poder entender los procesos reales que se han dado en las regiones colombianas, siguiendo el proceso histórico de su espacialidad, su estructuración, su organización en cada fase temporal y así entender los espacios de la vida en una geografía nacional, propia, que nos brinde sentido de territorialidad.

Como seres sociales tenemos la capacidad de producir paisajes y generar construcciones espaciales; es decir, inscribimos nuestra vida y nuestra historia en el espacio, el cual surge como un testimonio y como una razón de la existencia social y del mismo sentido de la vida en la naturaleza y en las relaciones sociales que la integran. La erosión y la destrucción de la naturaleza se corresponde con la erosión de la sociabilidad y la pérdida de la calidad de la vida con su proyección espiritual.

Hay dos ejemplos extremos para ver a dónde se llegó con la devastación del paisaje original, el primero está en Villa de Leyva, que fue una hermosa selva de robles, amarillos, gaques, encenillos, sauces, cedros, cauchos y cientos de especies más, las cuales fueron taladas por las tropas de Gonzalo Jiménez de Quesada, empleando los numerosos indígenas que allí vivían, hasta transformar la región en un emporio agrícola y ganadero que la destruyó por completo, dejándola en severas condiciones de aridez y de erosión, tal como un desierto. Hoy es un lugar turístico, valorizado por la industria del tiempo libre, la cual no se reconoce en la historia regional ni en los procesos de construcción de estos espacios geográficos. Un segundo ejemplo lo encontramos en el desierto de la Tatacoa, región igualmente selvática que la Compañía de Jesús taló y erosionó con la actividad de 16 haciendas, iban desde Fortalecillas hasta el Río Cabrera, así dieron origen al desierto, una extensión cercana a los 200 km., devastada bajo la acción del modelo ganadero hispánico.

Don Emiliano Restrepo, quien fundó un pueblo con su nombre en el piedemonte llanero, hizo una descripción de las selvas que cubrían la planicie y que copaban todo el horizonte visto desde el mirador que hay cerca a Villavicencio. Observó cómo se extendía la inmensa selva por las montañas y la planicie, sólo estaba roturada parcialmente en la hacienda llamada Apiai, propiedad de los Jesuitas. La selva iba hasta el río Meta y seguía, por los pantanales de la parte izquierda del río, ocupando enormes extensiones de los actuales llanos, sin que sus habitantes tengan conciencia de que han heredado los paisajes de antiguas selvas.

Sobre las condiciones expuestas podemos pensar que, en términos de los estudios regionales, ha estado ausente la construcción del país y de su territo-

rialidad, creando muchas dificultades para abordar los procesos heterogéneos que dan cuenta del territorio, con el agravante de que hemos asumido modelos extranjeros lineales con soportes tecnológicos que nos han reducido y esquematizado deformando con ello nuestra verdadera línea socio-espacial. La mirada desde afuera siempre nos resultará extraña, pues más que dar cuenta de nuestra realidad, nos sumerge en los intereses de quienes nos han subyugado siempre.

La construcción de nuestras regiones tiene unos hondos fundamentos geohistóricos porque los paisajes se han hecho mediante procesos acumulativos siguiendo una serie de formaciones sociales que se sustituyen en un mismo espacio y le van dando significaciones y reivindicaciones a los espacios regionales. Si no tomamos la condición geohistórica, y no miramos la manera de entender los procesos constitutivos de cada región, estaremos hablando de presente sin pasado en una total descontextualización, por eso se ha delegado a la economía y a otros campos del conocimiento la hechura de las regionalizaciones siempre sesgadas hacia lo industrial, lo urbano y lo vial, entre otros elementos.

Los análisis de las regiones hechos desde campos particulares, sin el contexto de lo geohistórico, son solamente esfuerzos interpretativos; son visiones sesgadas, esquemas sin base real, formas de ejecutar políticas, de organizar planes de desarrollo, de ejercer técnicas de planificación, de disponer de alguna manera del espacio para atender requerimientos inmediatos. Tenemos que encontrar en nuestra propia condición una manera de recrear un desarrollo más auténtico, que nos permita reconocernos en los espacios que construimos, que tenga la posibilidad de enraizar y de sembrar a los hombres y a las comunidades en sus propios paisajes.

No podemos desconocer todo lo que ha significado esa marcada dependencia, etapas duras que han desvirtuado nuestra propia situación social, no sólo por someternos a un modelo externo sino también por desconocer todas las condiciones y las fortalezas internas con que se cuenta para generar un desarrollo con características propias y formas propias de autonomía. Esa es una contradicción profunda que está en lo regional. Lo regional es y será, en buena parte, un juego distractor y justificador, hasta cuando no se le dé la fundamentación profunda que requiere para convertirlo en instrumento de identidad cultural y buscar, a través de él, la posibilidad de desarrollar una vida más equitativa y digna sobre el territorio en el cual vivimos y esperamos morir.

